

EL TIPOGRAFO

ÓRGANO DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL GREMIO TIPOGRÁFICO



MONTEVIDEO, Septiembre 15 de 1895

PERIODICO QUINCENAL

Fundado el año 1893

2.ª Época — Año I — Núm. 7

Todos los tipógrafos y todos los que simpatizan con el mejoramiento moral y material de la clase obrera, tienen derecho á hacer públicas en esta humilde hoja sus opiniones y aspiraciones en ese sentido, siempre que la forma sea culta y agra á cualquier sentimiento que pueda herir la dignidad personal.

Los artículos y correspondencia serán dirigidos al administrador ó al Presidente de la Sociedad Tipográfica

ADMINISTRACIÓN: CERRITO 91

Administrador: ANDRÉS CASIRO

Sociedad Tipográfica Montevideana

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente Andrés Otermin
Vicepresidente Francisco García
Secretario Juan Bonifaz y Gómez
Prosecretario Juan Palleiro
Tesorero José López Villar
Protetorero Cirilo Saravia

SUPLENTE

Presidente, Luis Reyes y Carballo; Vicepresidente, Gregorio V. Mariño; Secretario, Santiago Ponti; Prosecretario, Juan J. Iglesias; Tesorero, Eduardo Ramos; Protetorero, José Romay.

Secretaría de la Sociedad Tipográfica, Quagay 67

EL TIPOGRAFO

El arte tipográfico

ANTES Y AHORA — (APUNTES)

V.

La benevolencia con que nuestros estimados compañeros han acogido la narración incompleta que venimos haciendo, referente á tipógrafos antiguos y modernos, á protectores del arte y establecimientos del ramo, en el sentido de ayudar en lo posible la alentadora propaganda de unidad, iniciada por el interesante periódico EL TIPOGRAFO, es lo único que nos anima á continuar la modesta labor emprendida.

El sentimiento de unión, de fraternidad gremial, es lo que constituye el más poderoso cimiento en toda obra destinada, como la presente, á alcanzar un resultado al que es tan acreedor, de cualquiera punto de vista que se le observe, el gremio tipográfico montevideano.

Hay muchas profesiones, como se sabe, que no exigen del obrero la cultura intelectual que reclama la nuestra, y sin embargo, en cualquiera de ellas, en la que parezca más ínfima, la remuneración, el porvenir del hombre que trabaja, es doblemente mejor

que el del tipógrafo. Si el mal, como acostumbra decirse, está en la misma profesión, muy justo es el que tratemos por todos los medios á nuestro alcance de ponerle remedio.

Si nosotros mismos no hacemos algo en bien de nuestros propios intereses, debemos no esperar que lo hagan los extraños.

De ahí, pues, el que hayamos repetido tantas veces la conveniencia que existe en que la propaganda se multiplique, que no sólo se haga en el seno de la tan justificadamente llamada benemérita Sociedad Tipográfica Montevideana, en el periódico del gremio, sino también en los talleres, en la prensa en general, en los círculos amistosos y con mayor razón aún, en las asambleas que puedan celebrarse.

Así como la gota de agua orada la piedra, aunque el ejemplo sea vulgar, una propaganda continuada, aunque en su principio tenga pocos prosélitos, sobretodo cuando esté bien encarrilada, tiene al fin, forzosamente, que producir los más óptimos frutos.

Fijémonos, sino, en el movimiento activo que tienen en nuestro país todas las asociaciones gremiales y en los beneficios que han ido adquiriendo debido á su infatigable laboriosidad.

Trabajos de esta especie no son la obra de una semana ni de un mes, sino de largo tiempo talvez, mucho más, cuando el mal ha echado raíces tan hondas.

No desmayemos, pues, hasta conseguir la reglamentación en las horas de trabajo, el orden riguroso en la aceptación de aprendices, cosa que ahora constituye una calamidad, no sólo para los hombres, sino también para esos mismos jovencitos inexpertos, y la retribución con arreglo á las aptitudes que cada tipógrafo pueda tener.

Estas no son exigencias absurdas sino reclamaciones que se basan en la equidad más estricta.

Respecto á las condiciones que han distinguido aquí á tantos tipógrafos, ya entre los antiguos como en los modernos, colocándoles en línea saliente, no debemos olvidar entre ellos á René Saint-Lannes, oriental, vinculado á respetables familias de esta sociedad, fallecido en Julio de 1875.

La manifestación de duelo que con motivo de tan sentido fallecimiento le hicieron los tipógrafos, creemos no equivocarnos al decir que no ha tenido ejemplo en Montevideo.

En nuestro modo de sentir, es algo altamente meritorio el honrar á los hombres humildes que se hayan hecho acreedores á una distinción especial. Los héroes ignora-

dos del trabajo no deben dejar de serlo en público, desde que hay el deber, para estímulo de los demás y como premio á tanta abnegación el que sus hechos sean conocidos desde que la oportunidad se presenta.

René Saint-Lannes, muerto á los treinta y seis años de edad, por dolencias adquiridas en la tarea á que desde niño había consagrado sus esfuerzos, sobresalió en su arte, y su instrucción y educación poco comunes, le colocaban en primera fila como factor de cultura. Fué generalmente apreciado, porque lo merecía, habiendo dejado discípulos que son hoy completos maestros en el arte que cultivó con tan vehemente pasión. Tan arraigada era ésta, que habiendo podido obtener empleos más lucrativos, ya por vinculaciones de familia ó de amigos bien colocados en la administración pública, persistió con singular empeño en continuar en la tipografía, hasta que la muerte le sorprendió, precisamente cuando se consideraba fuera de peligro de una enfermedad que le había molestado gravemente durante largo tiempo.

Maestro inteligente y paternal de muchos jóvenes, su severidad era ejemplar en cuanto se relacionaba con el cumplimiento del deber. Terminado éste era el más franco y amable de los compañeros.

Los mejores establecimientos tipográficos de esta capital tuvieron á René Saint-Lannes como regente y administrador. De una honradez intachable, pero bien probada en el respectivo crisol, no de esas honradeces de lengua de que muchos hacen alarde, sin que por sus manos haya pasado jamás un céntimo, á aquel hombre podía confiarse oro en polvo, en la seguridad de que no había de pegársele siquiera un átomo. Fué en 1869 el fundador de la imprenta de *El Ferro Carril*, taller que en su época gozó de merecida reputación, con arreglo á los medios de que por entonces se disponía en estos países.

Ha dejado, pues, bien puesto su nombre el tipógrafo extinto, en los anales tipográficos uruguayos, y la Sociedad Tipográfica Montevideana que él contribuyó á fundar, le deberá siempre uno de sus mejores y más íntimos recuerdos.

Se llamaba Emilio López, el tipógrafo fallecido á los veintiocho años de edad en esta capital, el treinta de Setiembre de 1887. Buen hijo, honesto esposo y modelo de padre; apesar de su juventud se afanaba por el trabajo en el deseo de corresponder á las obligaciones que había contraído. En una labor incesante adquirió la enfermedad

que le llevó á la tumba, rodeado del cariño de sus deudos lo mismo que de todos sus compañeros.

El tiempo lo repartía aquel desventurado joven en las tareas del taller, de la familia y en las del estudio. No hemos visto un ejemplo de mayor contracción ni de tan grande fuerza de voluntad para alcanzar el mejoramiento, en todo cuanto dijera relación con su intelectualidad.

Con razón fué tan sentida su muerte, no faltando á su enterratorio ninguno de sus buenos y consecuentes amigos. Dotado de inteligencia clara y con espíritu conciliador, era preciso oírle en las asambleas que celebraban los miembros de la Sociedad Tipográfica Montevideana. Se imponía por la sinceridad y la fuerza del raciocinio. Todo cuanto sabía se lo debía á sí mismo. Este es uno de sus mejores elogios.

Con motivo de su lamentado fallecimiento, se pronunciaron sobre su tumba sentidos discursos por los aventajados compañeros señores Ramón Marín, Enrique Terrada, Juan Bonifaz y Gómez, Andrés Campomar é Isidoro Marín, escribiéndose además varios artículos necrológicos que se publicaron ya en EL TIPOGRAFO, ya en los principales órganos de la prensa local.

Fuó el extinto uno de los que en 1883 contribuyó más eficazmente á la fundación de EL TIPOGRAFO, formando parte de su cuerpo de redacción. Ocupó importantes cargos y comisiones en la Tipográfica, siendo en dos periodos presidente, tesorero, secretario, etc., contribuyendo así al engrandecimiento del arte que tan noblemente cultivó.

Entre los tipógrafos que viven, entre los que ya han pasado el meridiano de la vida, figura en primer término Renaud Reynaud. Ha consagrado la mayor parte de su vida á una labor activa y proficua. Desde muy joven empezó á descollar. Ha sido uno de los pocos tipógrafos que en este país, que es el suyo, ha estudiado el arte tipográfico teórica y prácticamente de una manera completa. No sólo en los principales talleres montevideanos sino también en los bonaerenses ha dejado Reynaud bien colocado su nombre, como artista y como caballero.

Cuando en 1863 el inolvidable estadista D. Adolfo Vaillant, instaló en su propia casa de la calle Cámaras la imprenta de *El Siglo*, montada en una forma que jamás se había visto en el Río de la Plata, lo que parecerá mucho decir, pero que sin embargo es la verdad, Renaud fué el hombre apesar de su juventud, en quien se fijaron las miradas de aquél para que le secundara en la materialidad de la obra emprendida. De cómo respondió el elegido á tan brillante distinción, lo dicen de una manera bien terminante los veinte años que Renaud pasara en el gran establecimiento de la referencia, hasta que resolvió ponerse á trabajar por su exclusiva cuenta.

La empresa que más tarde reemplazó al señor Vaillant depositó en Renaud la misma y merecida confianza que su antecesor, comisionándole para que fuese á Europa y eligiera á su gusto lo mejor y más moderno que en materia de tipos y máquinas, así como de útiles de fundición tipográfica, se pudiera conseguir.

La misión fué admirablemente desempeñada, debiéndose á éste la primera y única fundición de tipos para imprenta que ha habido en Montevideo.

El arte hermoso que inmortalizó á Gutenberg ha tenido en Renaud uno de sus más adelantados intérpretes, como lo demuestran las múltiples y delicadas obras que han salido de sus hábiles manos. Fué uno de los fundadores de *La Tribuna Popular*.

Puede asegurarse, sin exageración, que en este país Renaud ha dado nombre á una larga época tipográfica. Fué el primer presidente que tuvo la Sociedad Tipográfica Montevideana, distinción bien alcanzada, por méritos reconocidos y generales simpatías. Severo en el trabajo, inflexible con el que no cumpliera con su deber, pero, siempre dentro de lo razonable, se hacía apreciar por todos. Cuando se hablaba de él, se repetía: — Es cierto que es riguroso, pero es justo. ¿Qué mejor encomio? — Hombre de amplia instrucción, de criterio elevado y de carácter firme, ha sabido conquistarse en el trabajo, posición independiente que le asegure una existencia tranquila en el resto de la vida, la que es de desear sea lo más avanzada posible. También ha sido periodista. El arte, la Sociedad Tipográfica Montevideana y el periodismo uruguayo, tendrán siempre en Renaud Reynaud uno de sus amigos cariñosos.

MANUEL LÓPEZ.

Dos errores que deben enmendarse

Hay encargados de diarios de la mañana que tienen por costumbre ocupar gran parte de la noche á uno ó dos operarios puramente en la corrección, creyendo, probablemente, que de esta manera se hace el trabajo con más presteza y proligidad. Es un gran engaño. Aconsejo amigablemente á estos señores que cambien de sistema, pues está demás en diarios que se confeccionan con hombres que poseen el suficiente sentido común para darse cuenta exacta de lo que tienen entre manos. Es pasable, ó más bien dicho, es necesario que esto se haga en las fábricas de aprendices, que tanto abundan en Montevideo, y las cuales no cuentan sino con un oficial, ó cuando mucho dos, expresamente para eso.

No creo que así se proceda por favoritismo, pero si así fuera, sería doblemente grande el error, pues si bien es cierto que el que está corrigiendo continuamente descansa más que el que no hace otra cosa que com-

poner, en cambio se perjudica notablemente la vista. No le rindo las ganancias!

Me parece muy lógico y natural que un encargado tenga más confianza en tal ó cual operario, porque forzosamente unos tienen que ser más capaces que otros. Perfectamente, confíesele al más apto lo que requiera más práctica y competencia, como ser algunos artículos cuyas «pruebas» salen abominables por las numerosas alteraciones que en ellas hacen sus autores; pero en cambio, hay otras que apenas si tienen uno que otro error, — porque como ya he dicho, — son trabajadas por hombres y no por niños, las que muy bien podrían corregir los demás. ¿No sería este un acto de justicia?

Si se distribuyera de este modo el trabajo, todos descansarían un poco y ninguno se perjudicaría en nada, sin que por eso dejara de estar en máquina el diario á la hora que debe estarlo.

Subsánese, por lo tanto, este inconveniente.

El otro error consiste en la gran injusticia que cometen varios compañeros con los suplentes. Ponen reemplazante, por ejemplo, el último día de la quincena, en cuyo día cobran ellos, pero olvidando que al que trabaja hay que pagarle, llevan su ingratitud al extremo de no abonar su jornal á quien les está conservando el puesto. Sucede, á veces, que si este trabajó anteriormente al día de cobranza y no se presenta en el acto que ésta se efectúa, les sirve de disculpa para hacerle esperar quince días más, sin tener en cuenta que puede habérselo impedido cualquier incidente imprevisto y que la obligación de el deudor es guardar el dinero hasta tanto tenga ocasión de ver al acreedor. Tan claro es como la luz del día.

¿Es razonable, es siquiera concebible que una persona que sabe las gotas de sudor que le cuesta el ganar el miserable sueldo que percibe, cometa la intolerable bajeza de hacer esperar á otro, que es muy posible ha trabajado un sólo día en la quincena, quince días más de lo debido por tan sólo un peso ó doce reales, — elegidos expresamente de entre los cobres — que tal vez los necesita para alimentarse?... Este es el colmo del egoísmo!...

Nada más faltaba!... Cómo si no fueran suficientes todas las arbitrariedades de que se nos hace víctimas, que tratáramos, para remachar el clavo, de hundirnos los unos á los otros!...

Toda censura es poca para con los que, como hoy están trabajando efectivos, se creen con el derecho de no desperdiciar medios para aprovecharse de la situación tirante porque atraviesan los que no lo están; y cuando les dan á ganar un día les parece hacer una limosna, sin embargo de hacerlo las más de las veces por conveniencia propia.

Sería muy de desear que estos malos

compañeros comprendieran que mañana pueden trocarse los papeles, y los mismos con quienes hoy son ingratos, les hagan enrojecer el rostro, retribuyendo su mal proceder con el muy bueno de tenderles la mano para aliviarlos en su crítica situación!

N. N.

Una historia triste

Querido P. P.

En mi poder tu apreciada carta contestando á mi anterior.

Tu arrepentimiento por lo que habías dicho, y en lo cual me basé para escribirte, no me ha causado extrañeza: lo esperaba.

Pero, de errores está plagada la humanidad; y el gremio tipográfico con especialidad.

Voy á mencionarte uno: no citaré la fecha, aunque es muy reciente, y suprimiré el nombre del protagonista porque... verdades hay que no se dicen á las claras...

...

Sucede que un tipógrafo tenía algo imprescindible que hacer. Era sábado. Lanzóse él y algunos amigos en busca de suplente.

Caminaron, caminaron, y nada; resultaba que uno tenía que *changar*, que otro tenía que cobrar, y que los más, pues bastantes existen sin trabajo, habían desaparecido como por encanto; ni con *candil* se les hallaba. Prueba ello la veracidad del adagio: « cuando se busca no se encuentra »...

Todos reflexionaban: que Fulano no está empleado, que Mengano tampoco, que Zutano idem. Pero dónde están entónces?...

De pronto se dirijen á casa de uno: había ido á pasear á Buenos Aires.

Te parecerá imposible lo que acaecía.

No faltaban los dichos: « estarán combinados », esto, el otro, lo demás allá.

Se hablaba mucho, y no se resolvía *niente*.

Al fin, uno se acuerda de M.; es parador de letras, compone limpio, está sin colocación; en suma, sólo restaba verle; se contaba ya con su asentimiento.

— Qué no ha de venir! decía uno; ¿ te crees que rechazará ganarse esos reales para pasar el domingo?

— Viene, viene, exclamaba otro.

— Ya lo creo, continuaba el primero.

Y así se fueron al almacén donde siempre vá el citado M. Precisamente aquel día había faltado: no estaba, pues, allí.

— Vamos á casa de él.

— Vamos.

— Quién sabe no está enfermo?

— No, qué ha de estar: anteayer estuvo jugando á las bochas.

Y llegaron á casa de M. — Golpearon, salió una señorita, y al ser interrogada sobre el asunto, hizo un ademán, señalando el almacén de la esquina.

¡ Había cambiado la *querencia*!

Aquí entra, querido amigo, lo triste de este suceso:

Había una mesa en cuyos extremos se veían dos hombres sentados. Cerca de ellos, varias mesas, y varios hombres, ebrios unos, semibeodos otros.

La escena pasa en el almacén.

El mozo, desde el mostrador, no hacía más que echar bebida en los vasos que le presentaban los parroquianos.

Cerca se destacaba la silueta del almaceñero, arrecostado á una puerta. El producto que le dejaban aquellas orgías lo llenaban de júbilo, de alegría infinita.

Y se reía benévolutamente.

Perturbaban el silencio palabras obscenas, gritos furibundos de: *truco, retruco*, etc. — Voces que al hendir el espacio de la pieza eran llevadas por el aire inmundo á la vía pública, donde el transeunte las acogía en sus oídos.

El tipógrafo que buscaba suplente, vendiendo la repugnancia que le asaltaba en aquellos momentos, impelido por algo que le *obligaba*, se dirigió á M., que era uno de los moradores de aquel lupanar...

Tan embebido y absorto estaba en el juego de la baraja, tan alborotada se hallaba la razón en la mente de M., que fué necesario llamarle repetidas veces, tocarle el hombro para que se apercibiera de que alguien le llamaba.

De súbito volvió la cabeza, y al mirar sus ojos con los de su amigo, levantóse, salieron á la vereda, y hablaron así:

— Ché, como servicio especial vengo á pedirte que vayas á trabajar por mí...

No bien había concluido, á penas si pensaba citarle la imprenta donde debía ir, cuando ya oía la contestación:

— Mira: siento, siento mucho; pero me es imposible...

— Imposible! repitió el tipógrafo que le requería, y, sin insistir, sin siquiera ocultar la ira que brotaba de su pecho, se apartó de allí, maldiciendo á todos los borrachos, al alcohol, y hasta creo que al mundo entero.

Este cuadro, querido P. P., bosquejado á la ligera es quizás uno de los tantos que acaecen en la existencia humana.

Por la maldita bebida, por el vicio, se pierde todo: no se presta un favor, no se acumula la ganancia que proporciona el bienestar relativo.

M. continuó su *asunto*, volvióse á internar en aquella orgía, como si tal cosa, sin preocuparse poco ni mucho, del presente borrascoso, ni del mañana incierto; precipitándose por esa caída que conduce al robo, al crimen y al cadalso al fin.

En tanto, el tipógrafo, á pesar de serle materialmente imposible dar cumplimiento á sus tareas, lo hizo, así mismo. Abandonó otro asunto, por no faltar en la imprenta, dando de este modo una lección severa, á tantos que no saben sacrificarse en aras del deber.

Tardan el premio y la justicia, pero llegan...

A la noche, no faltó un amigo, que ocupara su puesto, y lo dejara libre para ir, aunque tarde, á efectuar lo que tenía entre manos.

...

¡ Cuán triste y desdolorosa es esta historia que te he narrado, amigo mío!

A mí se me oprime el corazón al contemplar, internados en las filas de la depravación social, á muchos tipógrafos, y mucha juventud uruguaya que, á seguir así, formarán una generación con la cual la República no podrá contar para nada bueno, sincero y elevado.

Habrás visto en este periódico que algunos colaboradores manifiestan la idea de que se haga un llamado general al gremio sin exclusión de ninguna clase y esta es también la intención de muchos compañeros, para tratar de mejorar nuestra suerte; pero considerarás con justicia como consideramos algunos, que es necesaria la selección, que elementos como los que cito no sirven para ellos mismos y menos para formar parte de una colectividad que es digna de consideraciones y respeto.

Hasta otra, te saluda con cariño, tu fiel y verdadero amigo:

C. BERLÍN.

Montevideo, Septiembre de 1895.

Cuestiones íntimas

Nunca acepto los elogios,

Cuando son innecesarios,

...

Señor cronista de EL TIPOGRAFO.

He visto, hasta cierto punto con estupefacción, que, la publicación en la hoja que representa al gremio tipográfico, de un trabajito en verso, le ha sugerido á usted algunas frases de encomio dirigidas como aliento á mi conducta.

Desde niño... pues pequeño era cuando empecé á saber que nos debemos al mundo, miré con admiración y con el consiguiente respeto á esos hombres que se entregan de lleno á la virtud, que llegan á familiarizarse con el estudio, unos dentro los estrechos límites de la humilde esfera donde abrieron los ojos, otros explayados en el orbe ilimitado de la fastuosidad, hombres que se dan cuenta exacta del papel que debemos representar en la tierra, como se encandena, aunque á primera vista nos parezca incierto, el romanticismo á la realidad...

Fuí creciendo, y esa pasión no halló un poniente, sino que hasta hoy vive en lo más recóndito de mi lacerado pecho; y, si al crecer no pude dar forma tangible á la ambición que he abrigado, de subir á la cumbre del saber humano, me dedico, en los cortos y fugaces momentos de expansión que me dejan libres mis penosas ocupaciones, á practicar por medio de la escritura,

contando sólo, intelectualmente, con un insulso y vulgar vocabulario, cuya asimilación á mi mente responde, por una parte, á los años que he permanecido, con la constancia que me es peculiar, pegado al burro... de las imprentas.

No creo que el haberme dado cuenta que todo hombre que se estime en algo debe perfeccionarse á medida de sus alcances por medio de la lectura y escritura, sea un acto digno de encomio; porque no concibo tampoco se prodigue un aplauso á quien no hace más que cumplir sus deberes.

Reconozco que á más de una persona causa extrañeza, si tal puede llamarse, el que todos no nos precipitemos á ese abismo de corrupción, donde muchos, á veces con más talento y dotados de más inteligencia que yo, van á internarse, desconociendo ¡desgraciados! que deben, cuando menos, un ejemplo de probidad y moralidad á las sociedades en medio de las cuales vivimos.

Comprendo, leyendo entre las líneas, que con ello queréis decir á los tipógrafos, que nada es tan noble y justo como dedicarse al cultivo de las letras; y hallo que tal pensamiento merece una aprobación sincera y franca.

¡Pero de ahí, señor cronista, á que mis producciones os hayan valido palabras que no merezco, y que por lo tanto me es absolutamente imposible aceptar;—de ahí á eso, mi buen cronista, hay un intermezzo que simboliza un error; no un error (clásico,) pero sí, uno de esos tantos errores que á menudo cometemos los seres falibles.

Aprovecho esta oportunidad para saludaros con mi mayor consideración y ofreceros, para EL TIPÓGRAFO, todo lo que puede producir mi tosca pluma, ya sea en desabrida prosa ó en poesía... *astilla de tal palo...*

P. B. y N.

Montevideo, Agosto 23 de 1895.

CRÓNICA

Un colega más — Hemos recibido la visita del nuevo periódico socialista *El Defensor del Obrero*. Viene repleto de interesante material.

Retribuimos al colega el saludo que por nuestra parte toca y le deseamos vida próspera y duradera, como igualmente acierto en la propaganda que sostiene.

Agente en Rocha — Nuestro estimado compañero Juan B. Fernández, en carta dirigida al administrador de este periódico, le ha ofrecido sus servicios de agente en aquel Departamento.

Agradecemos al señor Fernández su buena voluntad y nos felicitamos del interés que va despertando esta publicación.

«El Censor» — Se asegura que brevemente reaparecerá este diario, redactado por el señor Kubly y editado por imprenta propia.

Aumento de trabajo — Parece que en la mayoría de las imprentas de Montevideo se nota movimiento inusitado por la abundancia de trabajo, empleándose muchos brazos que se hallaban inactivos y remontando el material tipográfico.

Nos felicitamos de ello, pero mucho más nos felicitamos si ese movimiento fuese precursor de aumentos de sueldos, ya bastante reducidos por cierto.

De cualquier modo, hay que exclamar: «Del mal el menos».

Roque Canto — Este compañero que formaba parte del primitivo personal de *La Prensa*, ha tenido la suerte, según se nos informa, de emplearse en la Aduana.

Le felicitamos de todas veras.

Gran Guía Estadística Sudamericana — La antigua imprenta de *La España*, situada en la calle 25 de Mayo, ha empezado de nuevo á trabajar bajo el título de la publicación con que encabezamos estas líneas.

Lo de «La Prensa» — Ya en máquina nuestro periódico, hemos recibido un artículo censurando y comentando el cambio de personal habido en aquel diario de la mañana.

Como las columnas de EL TIPÓGRAFO se hallan abiertas para todos los obreros y especialmente para casos como el actual, publicaremos en el próximo número el artículo aludido.

A los compañeros despedidos les ha sido ofrecido trabajo inmediato en las imprentas de *La Razón* y *La Nación*.

SUSCRIPCIÓN Á «EL TIPÓGRAFO»

Publicamos en seguida la nómina de los suscriptores á esta publicación con la cuota correspondiente, perteneciendo esta suscripción al mes de Julio ppdo.

EL SIGLO

Con 20 centésimos — Juan Baldizzone, Alberto Vidal, Román Baldizzone, José Fernández, José Cao, Juan Cao, Remigio Vázquez.

Con 10 centésimos — Juan José Castro, José Villaverde, Benito Cambón, Manuel Barreiro, José Cambón, Pedro Baldizzone, Constantino Vidal, José Allo, Andrés Polvarino, Manuel Barros, Salvador Marcelo, Juan Diago, Gregorio Igorra, Martín Berry, Manuel Pazos, Bernardo Canto, Pedro Alegre, César Finocchietti, Santiago Montoro, Jacinto Domenech, Enrique Gerner, Jesús Iglesias, Domingo Dornaleche, José L. Bregua.

LA NACIÓN

Con 20 centésimos — Fernando Ríos, Baldomero Núñez, Julio Sobredo, Celestino Calloia, Antonio Torres, Manuel Patiño, José Fernández, Dionisio Díaz.

Con 10 centésimos — Manuel Deleón (hijo), José Pazos, Santiago Aguirre, Leandro Neumann, Carlos Montes, Antonio Caramés, Juan Palleiro, Juan J. Iglesias.

EL BIEN

Con 20 centésimos — Clemente Bermejo, Antonio Grané, P. Barrios y Nansot.

Con 10 centésimos — Manuel Tejado, Rodolfo Schwedt, Juan Agrasar, José M. Galán, Luis Podestá.

LA PRENSA

Con 20 centésimos — José Núñez, Juan Esparza.

Con 10 centésimos — Manuel J. Fernández, Juan R. Gascón.

LA RAZÓN

Con 10 centésimos — (Turno de noche) — Jacinto García, Florencio Vázquez, Eduardo Barthe, Pedro Macchi, José Varela, Ramón Gesto, Antonio Gesto, Vicente Bellón, Ramón Domato, José Iglesias, Enrique Argerio, Saturno Fernández. — (Turno de día)

— Félix García, Aquiles Turcatti, Severo Meléndez.

UNIÓN FRANÇAISE

Con 10 centésimos — M. Baltar.

EL TELÉGRAFO MARÍTIMO

Con 20 centésimos — Francisco García, Emilio Castro.

LA ESPAÑA MODERNA

Con 20 centésimos — Emilio Prado, Manuel Losada, Carlos González, Luis Lamothé, José Alonso, Miguel Lespada.

TIPOGRAFÍA URUGUAYA

20 centésimos — Marcos Martínez.

10 centésimos — Ramón Núñez, Gabriel Ruqui, Tomás Núñez.

IMPRENTA LATINA

20 centésimos — José Blanco.

10 centésimos — Andrés Oliván, Juan Hiriarte, Ramón Baltar, Rogelio Coll.

IMPRENTA ARTÍSTICA

Con 50 centésimos — Dornaleche y Reyes.

20 centésimos — Alfonso Lagomarsino, F. Parodi, Estanislao Palles, Mateo Lacassagne, Pedro Hebert, Juan B. Rapalini, Juan Bergalli, José de San Martín.

10 centésimos — Exequiel Lagomarsino, Alfredo Prats, Julio Codda, Enrique Capurro, Francisco Arduino, Juan Rimbau, Adolfo Rodríguez.

EL LIBRO INGLÉS

10 centésimos — Nemesio González, José Pazos, Juan Cladera, Emeterio González.

EL SIGLO ILUSTRADO

20 centésimos — Gregorio Marifio, Pedro Esperes, Arnaldo Furriol Munar.

10 centésimos — Manuel del Puerto, Juan B. y Gómez, Pedro Caballero, Ramón Blanco, Eduardo Caballero, José Romay.

GUÍA G. DEL PLATA

20 centésimos — Valentín F. Bandín.

IMPRENTA RURAL

20 centésimos — E. Ramos, J. L. V., Juan López Villar.

OBREIRA TIPOGRÁFICA

10 centésimos — Felipe Calleriza, N. Seoane.

SUSCRIPTORES PARTICULARES

Vázquez Cores y Montes, \$ 0.50; Andrés Otermin, 0.20; Alfredo Rodríguez, 0.30; Manuel Alonso, 0.20; Francisco Cejo, 0.20; Tomás Rovira, 0.20; Lucio Núñez, 0.10; Antonio Castro, 0.10; Ignacio Madriaga, 0.10; José M. Berro, 0.10; Manuel de la Fuente, 0.20; Domingo L. Martínez, 0.10; Julio M. Roca, 0.20; Santiago Ponti, 0.20; Santiago Pesce, 0.20; Manuel Suárez, 0.10.

RESUMEN

«El Siglo»	\$ 3.80
«La Nación»	» 2.40
«El Bien»	» 1.10
«La Prensa»	» 0.60
«La Razón»	» 1.40
«Unión Française»	» 0.10
«El Telégrafo Marítimo»	» 0.40
«La España Moderna»	» 1.20
Tipografía Uruguaya	» 0.50
Imprenta Latina	» 0.60
Imprenta Artística	» 2.80
El Libro Inglés	» 0.40
El Siglo Ilustrado	» 1.20
Guía General del Plata	» 0.20
Imprenta Rural	» 0.60
Obrera Tipográfica	» 0.20
Suscriptores particulares	» 2.90
Total	\$ 20.40

ANDRÉS CASTRO,
Administrador.